

I. Advertencia de un hombre morbosamente virtuoso

Seguramente la mayoría de quienes leemos libros hemos oído hablar de la Sociedad para el Fomento del Vicio, del Club del Fuego Infernal que fundó el siglo pasado Sir Francis Dashwood, etc. En Brighton, si no me equivoco, se estableció una Sociedad para la Supresión de la Virtud. La propia sociedad fue suprimida, pero lamento decir que en Londres existe otra, de carácter aún más atroz. En vista de sus tendencias le convendría el nombre Sociedad para la Promoción del Asesinato, pero aplicándose un delicado εὐφημομοζ se llama la Sociedad de Conocedores del Asesinato. Sus miembros se declaran curiosos de todo lo relativo al homicidio, *amateurs y dilettanti* de las diversas modalidades de la matanza, aficionados al asesinato en una palabra. Cada vez que en los anales de la policía de Europa aparece un nuevo horror de esta clase se reúnen para

<sup>1</sup> El primer artículo de *Del asesinato considerado como una de las bellas artes [Of Murder considered as one of the Fine Arts]* apareció en el *Blackwood's Magazine* de febrero de 1827; el segundo en la misma revista en noviembre de 1839; ambos, con algunas correcciones, y el *Post scriptum* que añadió De Quincey, se publicaron en el tomo IV de las *Obras Completas*, 1854. Este es el texto revisado que hemos traducido, tomándolo de:

*The Collected Writings of Thomas De Quincey, vol. XIII, Tales and Prose Phantasies*, Edimburgo, 1890 / *On Murder...* en págs. 9-124.

criticarlo como harían con un cuadro, una estatua u otra obra de arte. No me daré el trabajo de describir el espíritu que anima sus actividades, pues el lector podrá apreciarlo mejor en una de las Conferencias Mensuales leídas ante la sociedad el año pasado. El texto llegó a mis manos por azar, a pesar de la vigilancia que ejercen los miembros para que el público no se entere de sus deliberaciones. Al verlo impreso se sentirán alarmados y ésa, justamente, es mi intención. En efecto, prefiero con mucho que la sociedad se disuelva tranquilamente ante un llamamiento dirigido a la opinión pública y sin necesidad de recurrir a los tribunales de policía de Bow Street, para lo cual habría que citar nombres, aunque si no tengo más remedio emplearé este último recurso. Mi intensa virtud no puede permitir que ocurran tales cosas en un país cristiano. Aún en tierra de paganos la tolerancia del asesinato —es decir, los horribles espectáculos del circo— era, a juicio de un autor cristiano, el más vivo reproche que podía hacerse a la moral pública. El autor es Lactancio, y creo que sus palabras se aplican de modo singular a la presente ocasión: «Quid tam horribile», dice, «tam tetrum, quam hominis trucidatio? Ideo severissimis legibus vita nostra munitur; ideo bella execrabilia sunt. Invenit tamen consuetudo quatenus homicidium sine bello ac sine legibus faciat; et hoc sibi voluptas quod scelus vindicavit. Quod, si interesse homicidio sceleris conscientia est, et eidem facinori spectator obstrictus est cui et admissor, ergo et in his gladiatorum caedibus non minus cruore profunditur qui spectat quam ille qui facit: nec potest esse immunis a sanguine qui voluit effundi, aut videri non interfecisse qui interfectori et favit et praemium postulavit.» «¿Qué cosa tan horrible y tétrica como el matar a seres humanos?» —dice Lactancio—. «Por ello se protege nuestra vida con leyes severísimas; por ello son objeto de execración las guerras. Sin embargo, en Roma la costumbre permite el asesinato al margen de la guerra y de las leyes, y las exigencias del gusto (voluptas) igualan a las del crimen.» Que la Sociedad de Caballeros Aficionados lo tenga presente; me permito señalar a su atención, de manera especial, la última frase, de tanto peso, que intentaré traducir así: «Ahora bien, si sólo por hallarse presente en un asesinato se adquiere la calidad de

cómplice, si basta ser espectador para compartir la culpa de quien perpetra el crimen, resulta innegable que, en los crímenes del anfiteatro, la mano que descarga el golpe mortal no está más empapada de sangre que la de quien contempla el espectáculo, ni tampoco está exento de la sangre quien permite que se derrame, y quien aplaude al asesino y para él solicita premios, participa en el asesinato». Aún no he oído que se acuse a los Caballeros Aficionados de Londres de «*proemia, postulavit*», si bien no hay duda de que a ello tienden sus actividades, pero el título mismo de su asociación entraña el «*interfectori favit*», que se expresa en cada una de las líneas de la conferencia que aparece a continuación.

X. Y. Z.

## II. La Conferencia

Señores: El comité me ha honrado con la ardua tarea de pronunciar la conferencia en honor de Williams sobre el tema del Asesinato considerado como una de las Bellas Artes. Quizá la tarea habría sido fácil hace tres o cuatro siglos, cuando era muy poco lo que se sabía del arte y muy contados los grandes modelos expuestos, pero en nuestra época no faltan obras maestras de valor ejecutadas por profesionales y el público exigirá un adelanto igual en el estilo de la crítica que ha de aplicarse. La práctica y la teoría deben avanzar *pari passu*. Empezamos a darnos cuenta de que la composición de un buen asesinato exige algo más que un par de idiotas que matan o mueren, un cuchillo, una bolsa y un callejón oscuro. El diseño, señores, la disposición del grupo, la luz y la sombra, la poesía, el sentimiento se consideran hoy indispensables en intentos de esta naturaleza. El Sr. Williams ha exaltado para todos nosotros el ideal del asesinato y con ello ha aumentado la dificultad de mi tarea. Como Esquilo o Milton en poesía, como Miguel Ángel en pintura, ha llevado su arte hasta tal punto de sublimidad colosal que en cierta forma, como observa el Sr. Wordsworth, «ha creado el gusto con el cual hay que disfrutarlo». Esbozar la historia del arte y examinar sus principios desde el punto de vista crítico es ahora deber de los conocedores, jueces muy distintos a los que se sientan en las bancas de los tribunales de Su Majestad.

Antes de comenzar, permítanme dirigir una o dos palabras a ciertos hipócritas que pretenden hablar de nuestra sociedad corno si su orientación tuviese algo de inmoral. ¡Inmoral! ¡Júpiter nos asista, caballeros! ¿Qué pretende esta gente? Estoy y estaré siempre en favor de la moralidad, la virtud y todas esas cosas; afirmo y afirmaré siempre (cualesquiera sean las consecuencias) que el asesinato es una manera incorrecta de comportarse, y hasta muy incorrecta; más aún, no tengo empacho en afirmar que el hombre que se dedique al asesinato razona equivocadamente y debe seguir principios muy inexactos de modo que, lejos de protegerlo y ayudarlo señalándole el lugar en que se esconde su víctima, lo cual es el deber de toda persona bien intencionada, según afirma un

distinguido moralista alemán<sup>1</sup>, yo suscribiría un chelín y seis peniques para que se le detuviera, o sea, dieciocho peniques más de lo que hasta ahora han contribuido a tal objeto los moralistas más eminentes. ¿Cómo negarlo? En este mundo todo tiene dos lados. El asesinato, por ejemplo, puede tomarse por su lado moral (como suele hacerse en el pulpito y en el Old Bailey) y, lo confieso, ése es su lado malo, o bien cabe tratarlo *estéticamente* —como dicen los alemanes—, o sea en relación con el buen gusto.

Para demostrarlo me valdré de la autoridad de tres personas eminentes: S. T. Coleridge, Aristóteles y el señor Howship, el cirujano.

Comenzaré por S. T. C. Una noche, hace muchos años, tomaba té con él en Berners Street (que, dicho sea de paso, aunque es una calle muy corta, ha sido extraordinariamente fecunda en hombres de genio). Había otros invitados además de mi persona y, mientras atendíamos a ciertas consideraciones carnales en forma de té y tostadas, escuchábamos una disertación sobre Plotino de los labios áticos de S. T. C. De pronto, se oyeron gritos de «¡Fuego, fuego!», a los cuales todos nosotros, maestros y discípulos, Platón y οι περι τον Πλατωνα salimos corriendo, ansiosos de presenciar la función. El incendio era en la calle de Oxford, en el taller de un fabricante de pianos, y, como prometía ser una conflagración de mérito, lamenté que mis compromisos me obligaran a dejar al Sr. Coleridge antes de que sobreviniera la crisis. Días más tarde, al encontrarme con mi platónico anfitrión, le recordé el caso pidiéndole por favor que me contase cómo había terminado el prometedor espectáculo. «¡Oh, señor!» —me respondió—, «resultó tan malo a fin de cuentas que todos lo condenamos por unanimidad.» Ahora bien, ¿acaso se puede pensar que el Sr. Coleridge —que aunque demasiado grueso para la virtud activa es, sin embargo, un buen cristiano— que este amable S. T. C., digo,

<sup>1</sup> Kant: quien llevó sus exigencias de veracidad incondicional hasta el extremo extravagante de afirmar que si alguien ve a una persona inocente que huye de un asesino y este último lo interroga, su deber será contestar la verdad y señalar el escondite de la persona inocente, aunque tenga la certeza de que con ello será causa de un asesinato. Y para que no se creyera que tal doctrina se le había escapado en el calor de la controversia, al reprochársela un célebre autor francés, Kant la reiteró solemnemente y expuso sus razones.

sea un incendiario o tan siquiera capaz de desear el mal a un pobre hombre y a sus pianos (muchos de ellos, sin duda, provistos de teclados adicionales)? Por el contrario, lo conozco bien y apostaría mi cabeza a que, en caso de necesidad, arrimaría el hombro a la bomba de incendios, aunque en vista de su gordura no debiera someter su virtud a tales pruebas de fuego. Tratemos de comprender la situación. Lo que se requería en este caso no eran pruebas de virtud. Al llegar los bomberos, toda moralidad quedaba a cargo exclusivo de la empresa de seguros. El Sr. Coleridge tenía, pues, pleno derecho a darse gusto. Había dejado su té. ¿No recibiría nada en cambio?

Afirmo que, partiendo de estas premisas, el más virtuoso de los hombres tiene derecho a convertir el fuego en un placer y a silbarlo, como haría con cualquier representación que despertase las expectativas del público para luego defraudarlas. Citemos a otra gran autoridad, veamos lo que dice el Estagirita. Aristóteles (creo que en el Libro Quinto de su *Metafísica*) describe lo que él llama *χλεπτην τελειου*, es decir, el *ladrón perfecto*; y por su parte, el señor Howship, en su obra sobre la Indigestión, no tiene escrúpulos en hablar con admiración de cierta úlcera que había visto y que califica de «una hermosa úlcera». ¿Pretenderá alguien que, considerando las cosas en abstracto, Aristóteles pudiera pensar en un ladrón como en un personaje perfecto o el señor Howship enamorarse de una úlcera? Aristóteles, como es sabido, fue persona tan sumamente moral, que, no contento con escribir su *Ética a Nicómaco* en un volumen en octavo, escribió también otro sistema, titulado *Magna Moralia* o Gran *Ética*. Es del todo imposible que un nombre que redacta éticas, grandes o pequeñas, admire a un ladrón *per se*; en cuanto al señor Howship, nadie ignora que está en guerra con las úlceras y, sin dejarse seducir por sus encantos, hace lo posible por desterrarlas del condado de Middlesex. Pero no es menos cierto que, por más reprobables que sean *per se*, tanto un ladrón como una úlcera pueden tener infinitos grados de mérito en relación con otros individuos de su misma clase. Ambos son, en verdad, imperfecciones, pero como su esencia es ser imperfectos, la grandeza misma de su imperfección se vuelve una perfección. *Spartam nactus es, harte exorna*. Un

ladrón como Autólico o el una vez famoso George Barrington, y una tremenda úlcera fagedénica soberbiamente definida, con cada una de sus fases naturales bien marcadas, pueden considerarse tan ideales en su clase como la más impecable rosa de musgo entre las flores, en su progreso desde el botón hasta la «pura, encendida rosa», o la más bella muchacha, adornada con todas las galas de la feminidad, entre las flores humanas. Y así no sólo es imposible imaginar el tintero ideal, como lo demostró el Sr. Coleridge en su celebrada correspondencia con el señor Blackwood —lo cual, por lo demás, no creo tan extraordinario, pues un tintero es un objeto laudable y un miembro valioso de la sociedad—, sino que hasta **la imperfección misma puede tener su estado ideal o perfecto.**

Les presento mis disculpas, señores, por hablar tanto y tan seguido de filosofía; permítanme ahora aplicar lo que he dicho. Cuando **un asesinato se encuentre en el tiempo paulo-postfuturo** —o sea, que no se ha cometido ni se está cometiendo sino que aún ha de cometerse— y tengamos noticia de ello, tratémoslo moralmente. Supongamos en cambio que ya se ha cometido y que podemos decir de él τετελεσται, está consumado o (en el durísimo moloso de *Medea*) εirρασταί

, está hecho, es un «*Fait accompli*»; supongamos que la pobre víctima ha dejado de sufrir y que el miserable asesino ha desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra; supongamos, en fin, que hemos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance, estirando la pierna para poner una zancadilla al criminal en su huida, aunque sin éxito —«abiit, evasit, excessit, erupit», etc.—; suponiendo todo esto me permito preguntar: ¿de qué sirve aún más virtud? Ya hemos dado lo suficiente a la moralidad: ha llegado la hora del buen gusto y de las Bellas Artes. No hay duda de que el caso fue triste, tristísimo, pero no tiene remedio. Hagamos lo que esté a nuestro alcance con lo que nos queda entre manos, y si es imposible sacar nada en limpio para fines morales, tratemos el caso estéticamente y veamos si con ello conseguimos algo. Tal es la lógica del hombre sensato. ¿Cuál es el resultado? Pues que secamos nuestras lágrimas y quizá tengamos la satisfacción de descubrir que unos hechos lamentables y sin

defensa posible desde el punto de vista moral resultan una composición de mucho mérito al ser juzgados con arreglo a los principios del buen gusto. Así queda contento todo el mundo; se confirma el viejo refrán de que no hay mal que por bien no venga, el aficionado comienza a levantar cabeza cuando ya empezaba a cobrar un aire bilioso y alicaído por su excesiva atención a la virtud, y prevalece la hilaridad general. La virtud ha tenido su momento y en adelante la *Virtú*, tan parecida que difiere en una sola letra (por la cual no vale la pena pelearse), la *Virtú*, digo, y el Juicio Crítico tienen licencia para valerse por sí mismos. Este principio, señores, será el que oriente nuestros estudios, desde Caín hasta el Sr. Thurtell. Visitemos cogidos de la mano la gran galería del asesinato, poseídos de deliciosa admiración, mientras trato de señalar a ustedes los objetos en que la crítica se ejercita con provecho.

Todos ustedes conocen a fondo el primer asesinato. En tanto que inventor del asesinato y padre del arte, Caín debió de ser un hombre de genio extraordinario. Todos los Caines fueron hombres de genio. Creo que Túbal Caín inventó la trompa o algo por el estilo. Mas, cualquiera que fuese la originalidad y el genio del artista, las artes se hallaban entonces en la infancia, y las obras producidas en los diversos *estudios* deben criticarse teniendo en cuenta este hecho. Probablemente la obra de Túbal no ganaría, en nuestros días, la aprobación general en Sheffield, de modo que no es deshonoroso decir de Caín (me refiero a Caín el padre) que su actuación fue muy mediana. Se afirma que Milton no compartía esta opinión. Por la manera como relata el caso parece tratarse de su asesinato preferido, pues lo retoca con evidente voluntad de aumentar el efecto pintoresco:

Lleno de ira en su interior, mientras hablaban  
Lo hirió en el pecho con una piedra  
Y le arrancó la vida: palideció, cayó, el alma  
Escapó en un quejido, con un chorro de efusiva sangre.

(*El Paraíso Perdido*, libro XI.)

El pintor Richardson, que tenía buen ojo para tales efectos,

comenta así el pasaje en la página 497 de sus «Notas sobre el Paraíso Perdido»: «Se creía» —observa— «que Caín dejó en el sitio (como suele decirse) a su hermano atacándolo con una piedra enorme; Milton acepta esta versión pero añade una gran herida». En este lugar fue adición muy atinada pues lo rudo del arma, a menos que la levante y enriquezca un colorido cálido y sanguinario, revela con exceso la falta de adorno de la escuela salvaje, como si Polifemo hubiese cometido el crimen sin ninguna ciencia, ni premeditación, ni nada que no fuese un hueso de carnero. Sobre todo me complace la mejora porque demuestra que Milton era también un aficionado. En cuanto a Shakespeare, nunca lo hubo mejor, y ahí están para probarlo sus descripciones del asesinato de Duncan, Banquo, etc., y sobre todo su incomparable miniatura de la muerte de Gloucester, en *Enrique VI*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> El pasaje figura en la *segunda* parte (acto III) de *Enrique VI* y es doblemente notable: primero por su fidelidad crítica a la naturaleza, si se atiende tan sólo al efecto poético de la descripción y, en segundo lugar, por su valor *judicial* si se considera (como aquí se hace) en silenciosa corroboración legal del terrible rumor, surgido de inmediato, de que se había asesinado alevosamente a un gran príncipe, revestido de las funciones del Estado. El Duque de Gloucester, fiel tutor y tío amoroso de un rey pobre de espíritu o imbécil, ha amanecido muerto en su cama. ¿Cómo debe interpretarse este hecho? ¿Ha muerto por designio natural de la Providencia o a manos de sus enemigos? Los dos partidos de la corte dan interpretaciones contrarias a los indicios circunstanciales del caso. El joven rey, lastimado en su afecto, está obligado por su posición a mantenerse neutral, pero no es capaz de disimular que sospecha una diabólica conspiración. A esto, el jefe del partido rival trata de oponerse a la ruda franqueza del rey, rubricada y apoyada del modo más impresionante por Lord Warwick. «¿Qué *instancia*» —pregunta— e *instancia* no significa aquí ejemplo o ilustración, como han supuesto muchos comentaristas apresurados, sino que se emplea en el sentido escolástico, que *instantia*, qué presión de razones, qué urgente defensa— puede presentar Lord Warwick que justifique su «terrible juramento», el juramento de que, tan cierto como espera que le sea concedida la vida eterna, con la misma certidumbre

«Creo que manos violentas asaltaron La vida del duque tres veces famoso?»

Efectivamente quien debe demostrarlo es Warwick, pero lo mismo cabe decir del rey. La respuesta de Warwick, el razonamiento sobre el cual construye, se funda en una solemne enumeración de todos los cambios que la muerte ha provocado en los rasgos del duque y que no pueden explicarse por otra hipótesis que no sea la muerte violenta. ¿Qué razones tengo para afirmar que Gloucester murió a manos de asesinos? Pues la siguiente relación de cambios atroces que afectaron a la cabeza, la cara, la nariz, los ojos, las manos, etc., y que no corresponden de manera indistinta a *cualquier* clase de muerte sino exclusivamente a la muerte por violencia:

Es lamentable comprobar que, una vez asentados, los cimientos del arte durmieron durante siglos sin que se lograra ningún progreso. En efecto, ahora tendré que saltar sobre todos los asesinatos, sagrados y profanos, todos ellos indignos de la menor atención, hasta bien entrada la era cristiana. Grecia, aún en la Edad de Pericles, no produjo ningún asesinato, o por lo menos no se registra ninguno, del más mínimo mérito, y Roma era de muy escasa originalidad de genio en cualquiera de las artes como para tener éxito donde su modelo no le indicaba el camino<sup>2</sup>. Más aún, hasta el latín cede ante la idea misma del asesinato. ¿Cómo se dice en latín «este hombre ha sido asesinado»? *Interfectas est, interemptus est*, que sólo expresa el homicidio; por ello la latinidad cristiana de la Edad Media se vio obligada a introducir una nueva palabra a la que no se elevaron nunca, en su debilidad, las concepciones clásicas. *Murdratus est*, dice el dialecto más

---

«Mirad, la cara está negra y llena de sangre,  
Los ojos, salidos de las órbitas más de cuando vivía,  
**Tienen la horrible mirada del hombre estrangulado;**  
El cabello en desorden, abierta la nariz en la lucha,  
Las manos crispadas son de alguien que jadeó  
Y peleó por su vida, hasta que lo derrotó la fuerza.  
Mirad el pelo pegado a las sábanas,  
La barba bien cortada, agitada y deshecha  
**Como el trigo de verano que esparce la tormenta.**  
No hay duda de que aquí lo asesinaron  
La menor de estas cosas es una prueba.»

A fin de proceder con lógica no hemos de olvidar ni un momento que para tener algún valor los signos e indicaciones registrados deben ser rigurosamente *diagnósticos*. Se quiere establecer una discriminación entre la muerte natural y la muerte violenta. Por lo tanto todas las circunstancias que se encuentren en ambas de modo idéntico e indiferente son equívocas, inútiles y ajenas al propósito mismo de los indicios aquí registrados por Shakespeare.

<sup>2</sup> \* Al escribir estas líneas [en 1827] compartía la opinión más común sobre el tema. La simple falta de reflexión me llevó a un juicio tan equivocado. Más tarde, después de pensarlo mejor, he advertido muchas razones para retractarme; ahora [en 1854] creo que los romanos, en todas las artes para las que contaron con facultades iguales, tuvieron méritos tan propios y característicos como los mejores griegos. En otro lugar trataré la cuestión más detalladamente, con la esperanza de convertir al lector. Entretanto me urgía dejar sentada mi protesta contra este viejo error, que comenzó con la servil adulación de Virgilio, el poeta cortesano. Movidio por el bajo propósito de halagar a Augusto en su vengativo despecho ante Cicerón, Virgilio aplicó la pequeña cláusula *orabunt causas melius* a todos los oradores atenienses en relación con todos los romanos, y con ello no tuvo escrúpulos en sacrificar al por mayor y colectivamente las justas pretensiones de sus compatriotas

sublime de las edades góticas. Entretanto, la escuela judía del asesinato mantuvo con vida lo que ya se conocía del arte y lo transfirió gradualmente al mundo occidental. La escuela judía siempre fue respetable, aún en sus etapas medievales, como lo demuestra el caso de Hugh de Lincoln, honrado con motivo de otra obra de la misma escuela por la aprobación de Chaucer quien, en sus *Cuentos de Canterbury*, lo celebra por boca de la Señora Abadesa.

Volviendo, sin embargo, un instante a la antigüedad clásica, no dejó de pensar que Catilina, Clodio y algunos de esa *coterie* hubieran podido ser artistas de primera línea y cabe lamentar, desde todo punto de vista, que la fatuidad de Cicerón privara a su patria de la única posibilidad de distinguirse en este aspecto. Nadie mejor que él para sujeto de un asesinato. ¡Señor, y cómo hubiera aullado de pánico escuchando a Cetego bajo la cama! Verdaderamente fuera divertidísimo oírlo y estoy seguro, señores, que hubiese preferido lo *utile* de deslizarse a un armario, o inclusive a una cloaca, a lo *honestum* de enfrentarse con el audaz artista.

Vengamos ahora a la Edad Oscura (término con el cual nosotros, quienes hablamos con precisión, designamos *par excellence* el siglo décimo como línea meridiana más los dos siglos anteriores y posteriores, siendo medianoche cerrada de A. D. 888 A. D. 1111), Edad que debió ser naturalmente propicia del arte del asesinato como lo fue a la arquitectura religiosa, los vitrales, etc., por lo cual, a fines de este período, surgió un gran personaje de nuestro arte: hablo del Viejo de la Montaña. Fue en verdad una figura luminosa y no hace falta añadir que hasta la palabra «asesino» nos viene de él<sup>1</sup>. Tan

<sup>1</sup> El nombre «Viejo de la Montaña» no designa a una persona individual sino que era el título —en árabe *Sheik-al-jebal*, «Príncipe de la Montaña»— de una serie de jefes que presidieron de 1090 a 1258 una comunidad u orden militar de fanáticos sectarios musulmanes, llamados *Los Asesinos*, que se hallaban repartidos a través de Persia y Siria aunque tenían como centro las sierras. Si bien no hay duda de que las palabras *asesino* y *asesinato* en cuanto designan el dar muerte con alevosía, y en particular mediante apuñalamiento, son recuerdos de los supuestos usos de esta vieja comunidad persa y siria, la etimología original de la palabra *Asesinos* en tanto que nombre de una comunidad no es tan segura. Skeat piensa que se trata tan sólo de la palabra árabe *has-hishin*, «bebedores de hashish», y la atribuye al hecho, o a la suposición, de que cuando los agentes del Viejo de la Montaña partían en misión criminal, iban fortalecidos a la tarea con la embriaguez del *hashish* o **cañamo indio**.

buen aficionado era que en una ocasión, al atentar contra su vida uno de sus asesinos preferidos, se sintió muy complacido con el talento demostrado y, a pesar del fracaso del artista, le concedió en el acto el título de duque, con derecho de sucesión por línea femenina, y le asignó una pensión por tres vidas. El asesinato de grandes personajes es una rama del arte que requiere por sí sola una noticia y tal vez le dedique toda una conferencia. Por ahora me limitaré a observar que, por extraño que parezca, esta rama del arte florece de manera intermitente. Aquí sólo llueve sobre mojado. En nuestra propia época podemos citar con satisfacción algunos ejemplos excelentes, como el caso de Bellingham con el Primer Ministro Perceval, el del Duque de Berri en la Opera de París y el del Mariscal Bessières en Avignon. Por lo demás, hace unos dos siglos y medio hubo una constelación brillantísima de esta clase de crímenes. Apenas si es preciso agregar que me refiero a siete obras espléndidas: el asesinato de Guillermo I de Orange; el de los tres Enriques franceses, o sea Enrique, Duque de Guisa, que tenía pretensiones al trono de Francia, Enrique III, último príncipe de la dinastía de Valois que entonces ocupaba el trono, y en fin Enrique IV, su cuñado, que lo sucedió en el poder como primer príncipe de la dinastía de Borbón; no habían pasado dieciocho años cuando llegaron al quinto de la lista, nuestro duque de Buckingham (cuya muerte está magníficamente descrita en las cartas publicadas por Sir Henry Ellis, del Museo Británico) y luego el sexto, Gustavo Adolfo y el séptimo, Wallenstein. ¡Qué gloriosa pléyade de asesinatos! Nuestra admiración crece al comprobar que la deslumbrante constelación de manifestaciones artísticas, integrada por 3 Majestades, 3 Altezas Serenísimas y 1 Excelentísimo Señor, está ceñida a un lapso de tiempo muy breve, que va de A. D. 1588 a 1635. Cabe hacer notar de paso que muchos autores, Harte entre otros, dudan del asesinato del rey de Suecia; pero se equivocan: sí fue asesinado y, a mi juicio, el crimen es único por su excelencia, pues el rey cayó al mediodía y en medio del campo de batalla, original concepción que no se repite en ninguna otra obra de arte que yo recuerde. La idea de un asesinato secreto por razones privadas, inserto en un pequeño paréntesis en la gran escena de matanza del campo de batalla, evoca el sutil artificio de

*Hamlet*, en el que hay una tragedia dentro de una tragedia. Diré más, el conocedor avanzado puede estudiar con provecho todos estos asesinatos. Todos ellos son *exemplaria*, asesinatos modelo, asesinatos originales, de los que cabe decir:

«Nocturna versate manu, versate diurna»

sobre todo nocturna.

No es de asombrar que se asesine a príncipes y estadistas. A menudo hay cambios muy importantes que dependen de sus muertes, y en vista de la eminencia en que se encuentran se hallan particularmente expuestos a la mano de cualquier artista a quien anime el deseo de lograr un efecto escénico. Pero hay otra clase de asesinatos que ha prevalecido desde comienzos del siglo diecisiete y que sí me sorprende: me refiero al asesinato de filósofos. Señores, es un hecho que durante los dos últimos siglos todos los filósofos eminentes fueron asesinados o estuvieron muy cerca de ello, hasta tal punto que cuando un hombre se llame a sí mismo filósofo y no se haya atentado nunca contra su vida, podemos estar seguros de que no vale nada; por ejemplo, creo que una objeción insalvable a la filosofía de Locke (si acaso hiciera falta) es que, aunque el autor paseó su garganta por el mundo durante setenta y dos años, nadie condescendió nunca a cortársela. Como estos casos de filósofos no son muy conocidos y, en general, los tengo por interesantes y bien compuestos en sus detalles, procederé ahora a una digresión sobre el tema, cuyo principal objeto será mostrar mi propia erudición.

El primer gran filósofo del siglo diecisiete (si exceptuamos a Bacon y Galileo) fue Descartes, y si alguna vez se dijo de alguien que estuvo a punto de ser asesinado —a una pulgada del asesinato— habrá que decirlo de él. La historia es la siguiente, según la cuenta Baillet en su *Vie de M. Descartes*, tomo I, págs. 102-3. En 1621, Descartes, que tenía unos veintiséis años, se hallaba como siempre viajando (pues era inquieto como una hiena) y al llegar al Elba, ya sea en Glückstadt o en Hamburgo, tomó una embarcación para Friezland oriental. Nadie se ha enterado nunca de lo que podía buscar en Friezland oriental y tal vez él se hiciera la misma pregunta ya que, al llegar a Embden, decidió dirigirse al instante a Friezland occidental, y siendo demasiado

20

impaciente para tolerar cualquier demora alquiló una barca y contrató a unos cuantos marineros. Tan pronto habían salido al mar cuando hizo un agradable descubrimiento, al saber que se había encerrado en una guarida de asesinos. Se dio cuenta, dice M. Baillet, que su tripulación estaba formada por «des scélérats», no aficionados, señores, como lo somos nosotros, sino profesionales cuya máxima ambición, por el momento, era degollarlo. La historia es demasiado amena para resumirla y a continuación la traduzco cuidadosamente del original francés de la biografía: «M. Descartes no tenía más compañía que su criado, con quien conversaba en francés. Los marineros, creyendo que se trataba de un comerciante y no de un caballero, pensaron que llevaría dinero consigo y pronto llegaron a una decisión que no era en modo alguno ventajosa para su bolsa. Entre los ladrones de mar y los ladrones de bosques hay esta diferencia, que los últimos pueden perdonar la vida a sus víctimas sin peligro para ellos, en tanto que si los otros llevan a sus pasajeros a la costa corren grave peligro de ir a parar a la cárcel. La tripulación de M. Descartes tomó sus precauciones para evitar todo riesgo de esta naturaleza. Lo suponían un extranjero venido de lejos, sin relaciones en el país, y se dijeron que nadie se daría el trabajo de averiguar su paradero cuando desapareciera «(quand il viendrait à manquer)». Piensen, señores, en estos perros de Friezland que hablan de un filósofo como si fuese una barrica de ron consignada a un barco de carga. «Notaron que era de carácter manso y paciente y, juzgándolo por la gentileza de su comportamiento y la cortesía de su trato, se imaginaron que debía ser un joven inexperienced, sin situación ni raíces en la vida, y concluyeron que les sería fácil quitarle la vida. No tuvieron empacho en discutir la cuestión en presencia suya pues no creían que entendiésemos otro idioma además del que empleaba para hablar con su criado; como resultado de sus deliberaciones decidieron asesinarlo, arrojar sus restos al mar y dividir el botín.»

Perdonen que me ría, caballeros, pero a decir verdad me río siempre que recuerdo esta historia, en la que hay dos cosas que me parecen muy cómicas. Una de ellas es el miedo pánico de Descartes, a quien se le debieron poner los pelos de punta, como suele decirse, ante el pequeño drama de su propia

21

muerte, funeral, herencia y administración de bienes. Pero hay otro aspecto que me parece aún más gracioso, y es que si los mastines de Friezland hubieran estado «a la altura», no tendríamos filosofía cartesiana y, habida cuenta de la infinidad de libros que ésta ha producido, dejaré que cualquier respetable fabricante de baúles explique cómo nos hubiera ido sin ella.

Pero sigamos adelante: a pesar de su miedo cerval, Descartes demostró estar dispuesto a luchar y con ello intimidó a la canalla anticartesiana. «Viendo que no se trataba de una broma» —dice M. Baillet—, «M. Descartes se puso de pie de un salto, adoptó una expresión severa que estos miserables no le conocían y, dirigiéndose a ellos en su propio idioma, los amenazó con atravesarlos de parte a parte si se atrevían a ofenderlo en lo que fuera.» Sin duda para los viles rufianes hubiese sido honor muy superior a sus méritos el quedar ensartados como pajaritos en una espada cartesiana, y me alegro que M. Descartes no cumpliera su amenaza, robándole así sus presas a la horca, sobre todo cuando pienso que, tras asesinar a la tripulación, no hubiera conseguido regresar a puerto: habría quedado navegando eternamente en el Zuyder Zee para que los marineros lo tomaran por el *Holandés Errante* que volvía a casa. «El valor que mostró M. Descartes» —dice su biógrafo— «obró como por arte de magia sobre los bribones. Lo súbito de la sorpresa los hundió en la más ciega consternación, por fortuna para él, y lo llevaron a su lugar de destino sin más molestias».

Tal vez, caballeros, crean ustedes que, siguiendo el ejemplo del discurso de César a su pobre barquero

«*Caesarem vehis et fortunas eius*»— M. Descartes no tenía sino que decir: «Perros, no podéis cortarme la garganta, pues lleváis a Descartes y a su filosofía», después de lo cual ya podía desafiarlos a que hicieran lo que se les antojase. Un emperador alemán tuvo la misma idea una vez que le aconsejaron se retirase de la línea de fuego. «¡Vamos, hombre!» —respondió—. «¿Cuándo has oído que una bala de cañón haya matado a un emperador?»<sup>1</sup>. No sabría qué contestar

<sup>1</sup> Por lo menos en una ocasión se ha abusado de este razonamiento. Hace varios siglos un delfín de Francia contestó a quien lo ponía en guardia contra el peligro de la viruela haciéndole la misma pregunta que el emperador: «¿Sabe alguno de los caballeros que un

tratándose de emperadores, pero con mucho menos se ha exterminado a un filósofo, y no cabe duda alguna de que el próximo gran filósofo europeo fue asesinado. Me refiero a Spinoza.

Bien sé que la opinión más frecuente es que murió en su cama. Tal vez sea cierto, pero no quita que fuera asesinado. Lo probaré con un libro publicado en Bruselas en 1731, que lleva por título «La vie de Spinoza, par M. Jean Colerus», y contiene muchas adiciones tomadas de una biografía que dejó en manuscrito un amigo del filósofo. Spinoza murió el 21 de febrero de 1677, cuando tenía poco más de cuarenta y cuatro años. Ya esto parece sospechoso, y M. Jean admite que cierta expresión usada en el manuscrito biográfico da a entender «que sa mort n'a pas été tout-à-fait naturelle». Como vivió en Holanda, país húmedo y país de marineros, podría suponerse que bebió muchos grogs y sobre todo muchos ponches<sup>2</sup>, bebida que acababa de inventarse. Sin duda esto sería posible, pero lo cierto es que no fue así. M. Jean lo llama «extrêmement sobre en son boire et en son manger». Y aunque circulaban algunas historias fantásticas sobre el uso que hacía del jugo de mandrágora (pág. 140) y del opio (pág. 144), ninguno de estos artículos figura en la cuenta de su boticario. Si vivía con tal sobriedad, ¿cómo es posible que falleciese de muerte natural a los cuarenta y cuatro años? Oigamos el relato de su biógrafo: «La mañana del domingo 21 de febrero, antes de que fuera hora de ir a la iglesia, Spinoza vino a la planta baja y conversó con el dueño y la dueña de la casa.» Como ustedes ven, en este momento, a eso de las diez de la mañana del domingo, Spinoza estaba vivo y en buena salud. Parece sin embargo que había llamado a cierto médico «a quien» —dice el biógrafo— «sólo señalaré con estas dos letras: L. M.». Este L. M. dio instrucciones de comprar un «gallo viejo»

delfín haya muerto nunca de viruela?» No, ningún caballero tenía la menor noticia de ello. Y sin embargo, a pesar de todo, ese mismo delfín murió víctima de esa misma viruela.

<sup>2</sup> «1.º de junio, 1675 - Bebí parte de tres jarras de ponche (licor nuevo para mí)» dice el Rev. Sr. Henry Teonge en su diario publicado por C. Knight. Una nota a este pasaje remite a los Viajes de Fryer a las Indias Orientales, 1672, en que se habla de «ese licor enervante llamado *paunch* (que en hindostano quiere decir cinco) y que se prepara con cinco ingredientes». Siendo ésta su fabricación, parece que los médicos lo llamaron diapente; si constaba de sólo cuatro ingredientes, diatessarón. Sin duda fue el nombre evangélico lo que atrajo al Rev. Teonge.



y ponerlo a hervir para que Spinoza tomase un poco de caldo al mediodía; así se hizo y comió con buen apetito un poco del gallo viejo después que el dueño de casa y su mujer volvieron de la iglesia.

«Esa tarde, L. M. se quedó solo con Spinoza, pues la gente de casa regresó a la iglesia; al salir se enteraron, con gran sorpresa, que Spinoza había muerto a eso de las tres de la tarde, en presencia de L. M., quien ese mismo día partió para Amsterdam en la barca de la noche sin hacer ningún caso del extinto», y probablemente sin hacer ningún caso del pago de su pequeña cuenta personal. «Seguramente omitió con más facilidad el cumplimiento de sus deberes por haberse apoderado de un ducado, de una pequeña cantidad de plata y de un cuchillo con mango de plata antes de desaparecer con el botín.» Como pueden ver, señores, el asesinato y la manera de cometerlo están muy claros. L. M. asesinó a Spinoza para apoderarse de su dinero. El pobre Spinoza era flaco, débil e inválido; como no hubo huellas de sangre, lo más probable es que L. M. se arrojase sobre él y lo ahogara con los almohadones —el pobre hombre ya estaría medio sofocado por la comida infernal. **Tras masticar ese «gallo viejo», que para mí es un gallo del siglo anterior, ¿en qué condiciones podía hallarse el pobre inválido para luchar con L. M.?** Y a todo esto ¿quién era L. M.? Lindley Murray no puede ser, puesto que yo lo vi en York en 1825; además no creo que fuese capaz de hacer tal cosa; al menos no elegiría como víctima a un gramático colega suyo puesto que, como ustedes saben, Spinoza escribió una gramática hebrea muy respetable.

Hobbes no fue asesinado, nunca he logrado comprender por qué ni en virtud de qué principio. Esta es una omisión capital de los profesionales del siglo diecisiete, pues a todas luces se trata de un espléndido sujeto para el asesinato, salvo que era flaco y huesudo; por lo demás, puedo probar que tenía dinero y (lo cual es muy cómico) carecía de todo derecho a oponer la menor resistencia ya que, conforme a su propia tesis, el poder irresistible crea la más elevada especie de derecho, de modo que constituye rebelión, y de las más negras, el resistirse a ser asesinado cuando ante nosotros aparece una fuerza competente. No obstante, si bien no fue asesinado, me complace asegurarles que, según su propia cuenta, estuvo

tres veces a punto de serlo, lo cual nos consuela. La primera fue durante la primavera de 1640, en que pretendió haber repartido un pequeño manuscrito en defensa del rey contra el Parlamento. Este manuscrito, dicho sea de paso, no se encontró jamás, pero Hobbes afirma que «si Su Majestad no hubiera disuelto el Parlamento» (en mayo) «lo habría puesto en peligro de muerte». De nada valió disolver el Parlamento, pues en noviembre del mismo año se reunió el Parlamento Largo y Hobbes, temiendo por segunda vez ser asesinado, huyó a Francia. Esto se parece a la locura de John Dennis, quien creía que Luis XIV no haría nunca la paz con la reina Ana a menos que se le entregase (a él, es decir a Dennis) a la venganza francesa y hasta huyó de la costa, tan convencido estaba del peligro. En Francia, Hobbes logró defender bastante bien su garganta durante diez años, pero al cabo publicó el *Leviathán* en homenaje a Cromwell. El viejo cobarde empezó a morir de miedo por tercera vez; imaginaba que las espadas de los caballeros se volvían contra él y recordaba la suerte de los embajadores del Parlamento en La Haya y Madrid. «Tum» dice de sí mismo en su vida, que está escrita en un latín para andar por casa:

«Tum venit in mentem mihi Dorislaus et Ascham;  
Tanquam proscripto terror ubique aderat.»

Y en consecuencia corrió de vuelta a Inglaterra. Ahora bien, es innegable que el hombre merecía una paliza por haber escrito el *Leviathán* y otras dos o tres por perpetrar un pentámetro que acaba tan villanamente en «*terror ubique aderat*», pero nadie pensó nunca que fuese digno de algo más que una paliza. Toda la historia es una pura invención suya. En una carta mentirosísima que escribió «a una persona ilustrada» (Wallis, el matemático) cuenta lo sucedido de manera completamente distinta y dice (pág. 8) que huyó a casa «porque no estaba seguro con el clero francés», insinuando que podía ser asesinado a causa de su religión, lo cual en verdad hubiera sido algo de mucha risa: ¡Tom en la hoguera a causa de su religión! Lo cierto es que, fueran o no tales historias simples exageraciones, Hobbes temió hasta el fin de sus días que alguien lo asesinase. Esto lo probaré con lo que voy a contarles; mi fuente no es un manuscrito, pero como si lo fuera (en las palabras del Sr. Coleridge) ya que se

trata de un libro hoy enteramente olvidado: «El Credo del Sr. Hobbes Examinado: en una Plática entre él y un Estudiante de Teología», que se publicó unos diez años antes de morir Hobbes. La obra es de autor anónimo pero la escribió Tenison, el mismo que unos treinta años más tarde sucedió a Tillotson como Arzobispo de Canterbury. La anécdota que sirve de introducción es la siguiente: «Un clérigo» (sin duda el propio Tenison) «solía visitar todos los años, durante un mes, las diversas regiones de la isla». En una de estas excursiones (1670) llegó a Derbyshire y fue a un lugar llamado La Cumbre, en parte por la descripción que de él había hecho Hobbes. Como estaba en los alrededores no podía dejar de ir a Buxton, y al momento mismo de llegar tuvo la suerte de encontrarse con un grupo de caballeros que desmontaban a la puerta de la hostería, entre ellos un hombre alto y delgado que resultó ser el Sr. Hobbes, venido probablemente a caballo desde Chatsworth<sup>1</sup>. Al dar con una persona tan famosa, lo menos que podía hacer un turista en busca de lo pintoresco era presentarse en su calidad de majadero. Por suerte para él, dos de los compañeros de Hobbes recibieron aviso de partir con toda urgencia, de modo que durante el resto de su estancia en Buxton tuvo a Leviathán enteramente para sí y le cupo el honor de empinar el codo en su compañía varias noches. Parece que en un primer momento Hobbes se mostró muy reservado, pues no le gustaban los clérigos, pero esto pasó pronto, se volvió muy sociable y divertido y convinieron en ir juntos a los baños. Cómo pudo Tenison triscar en la misma agua con el Leviathán es algo que no alcanzo a explicarme; así sucedió, sin embargo, y aunque Hobbes fuese más viejo que Matusalén, se pusieron a retozar como dos delfines, y «en los ratos en que no nadaban ni saltaban» (para zambullirse) «conversaron de muchas cosas relativas a los baños de los Antiguos y al Origen de las Fuentes. Así pasaron una hora antes de salir del baño, y habiéndose secado y vestido se sentaron a esperar la cena que pudieran servirles en el lugar,

<sup>1</sup> Chatsworth era entonces, como ahora, la sede soberbia de los Cavendish en su rama más encumbrada, la del antiguo Conde y ahora Duque de Devonshire. Es timbre de honor para la familia el haber dado asilo a Hobbes durante dos generaciones. Hobbes nació, al menos así lo creo, el año de la Armada Española, i.e. en 1588 y por lo tanto al ocurrir este encuentro con Tenison, en 1670, tendría unos ochenta y dos años.

con el propósito de refrescarse como los *Deipnosophistae* y más de seguir charlando que de beber mucho. Los interrumpió en sus inocentes intenciones el ruido de una pequeña disputa en la que durante un rato se enredaron algunos de los personajes más groseros que allí se hallaban. A esto el Sr. Hobbes se mostró muy preocupado, aunque se encontrase a cierta distancia de esas personas». ¿Y por qué se preocupaba, señores? Sin duda, piensan ustedes, por amor dulce y desinteresado de la paz, digno de un anciano y un filósofo. Escuchemos: «Perdió la calma un buen rato y contó una o dos veces, como hablando consigo mismo en voz baja y en tono de recelo y hasta de ansiedad, la manera en que fue asesinado después de cenar Sexto Roscio, cerca de los Baños Palatinos. Esto recuerda el comentario de Cicerón sobre Epicuro el Ateo, cuando dice que, entre todos los hombres, era el que más temía lo que había despreciado: la muerte y los dioses.» ¡Tan sólo por ser hora de cenar y por hallarse cerca de los baños el Sr. Hobbes debía correr la suerte de Sexto Roscio! ¡Habían de asesinarlo porque Sexto Roscio fue asesinado! ¿Qué lógica hay en esto, como no sea para un hombre que siempre está soñando con el asesinato? Leviathán, que ya no tiene miedo de las dagas de los caballeros ingleses o del clero francés, se asusta «hasta perder la compostura» porque en una taberna de Derbyshire se pelean unos cuantos honrados destrapaterrones a quienes su propia figura angulosa de espantapájaros, venida de otro siglo, hubiera vuelto locos de terror.

Les complacerá saber que Malebranche murió asesinado. El hombre que lo mató es muy conocido: el Obispo Berkeley. Todos saben la historia, aunque hasta ahora no se haya contado como es debido. Siendo muy joven Berkeley fue a París y visitó al Padre Malebranche. Lo encontró cocinando en su celda. Los cocineros siempre han sido *genus irritabile*; los autores aún más; Malebranche era ambas cosas; surgió una discusión; el viejo sacerdote, que ya tenía calor, se agitó mucho; las irritaciones culinarias y metafísicas se unieron para atacarle el hígado: cayó en cama y murió poco después. Tal es la versión más corriente de la historia y con ella «se engañan los oídos de toda Dinamarca». Lo cierto es que se calló lo sucedido, por consideración a Berkeley quien (observa

Pope, con justicia) tenía «todas las virtudes que existen bajo el cielo». Berkeley, molesto ante la mala educación del viejo francés, se puso en guardia; siguió un breve combate en el que Malebranche fue a parar al suelo en el primer *round*; esto le bajó los humos y tal vez se hubiera rendido, pero a Berkeley se le había subido la sangre a la cabeza e insistió en que el viejo francés retractara su doctrina de las Causas Ocasionales. La vanidad del hombre era demasiado grande para que accediera a tal petición y fue sacrificado al ardor de la juventud irlandesa y a su propia terquedad absurda.

Como Leibniz era en todo superior a Malebranche, cabría suponer a *fortiori* que fue asesinado y sin embargo no es así. Creo que este descuido lo indignó y que se sintió insultado por la seguridad con que trascurrían sus días. De otra manera no me explico que, al final de su vida, decidiera volverse muy avaro y acumulara grandes cantidades de oro, que guardaba en su propia casa. Esto ocurría en Viena, donde murió, y aún se conservan cartas suyas en las que se describe la infinita ansiedad que le inspiraba el mantener intacta la garganta. A pesar de ello, su ambición de ser por lo menos víctima de un atentado era tan grande que no evitaba el peligro. Un pedagogo inglés fabricado en Birmingham —el Dr. Parr— adoptó en idénticas circunstancias un método más egoísta. Había amontonado gran cantidad de objetos de oro y plata, que durante un tiempo guardó en el dormitorio de su casa, en Hatton. Pero como cada día le daba más miedo que lo asesinaran —lo cual, estaba seguro, no podría soportar, además de que nunca tuvo la menor pretensión en tal sentido— transfirió sus bienes a casa del herrero de Hatton, pensando seguramente que para la *salus rei-publicae* el asesinato de un herrero pesaría menos que el de un pedagogo. Sin embargo, sobre esto último se ha discutido mucho y ahora parece haber acuerdo general en que una herradura bien clavada vale por dos y un cuarto sermones del Hospital<sup>1</sup>

Leibniz no fue asesinado, pero cabe decir que murió en

---

<sup>1</sup> «*Sermones del Hospital*»: Después de su famoso prefacio latino a Bellendénus (no debe decirse Bellendenus), que fue la primera de sus obras, el Dr. Parr se presentó al público con unos sermones pronunciados a intervalos determinados en nombre de cierto hospital (no recuerdo cuál de ellos) y así fue como los propios sermones se conocieron con este nombre.

parte de miedo a que lo asesinaran y en parte de despecho porque no lo asesinaban; Kant, en cambio —que no manifestó ambición alguna a este respecto— se salvó más estrechamente de morir asesinado que cualquiera otra persona de quien tengamos noticia, con excepción de M, Descartes. ¡Tan absurda es la fortuna al repartir sus favores! Creo que la historia se cuenta en una biografía anónima de este gran hombre. En un tiempo, por razones de salud, Kant andaba unas seis millas diarias en el camino real. Esto llegó a oídos de alguien que tenía sus razones personales para cometer un asesinato y que se sentó en la tercera piedra miliar a partir de Königsberg a esperar a su «pretendido». Kant llegó a la hora exacta, puntual como un coche de correo. De no mediar un accidente era hombre muerto. El accidente estuvo en el carácter escrupuloso y, como diría la señora Quickley, *quisquilloso* de la moralidad del asesino. Un viejo profesor, se dijo, estará abrumado de pecados. No así un niño. Pensando en esto se alejó de Kant en el momento crítico y poco después dio muerte a una criatura de cinco años. Tal es al menos la versión alemana de los acontecimientos. Mi opinión es que el asesino era un aficionado que comprendió lo poco que ganaría la causa del buen gusto con el asesinato de un metafísico viejo, árido y adusto que no le daría ninguna oportunidad de lucimiento, puesto que no era posible que, una vez muerto, se pareciera más a una momia de lo que ya se parecía en vida.

Caballeros, he ido trazando la relación entre la filosofía y nuestro Arte hasta llegar, casi sin darme cuenta, a la época en que vivimos. No trataré de distinguirla de aquellas que la han precedido pues, a decir verdad, no tiene un carácter propio. Los siglos diecisiete y dieciocho, con lo que llevamos visto del siglo diecinueve, componen en conjunto la Edad Augusta del asesinato. La mejor obra del siglo diecisiete es, sin discusión alguna, el asesinato de Sir Edmundbury Godfrey, que apruebo por entero. Todo intento cabal de asesinato debe estar matizado en una u otra forma por la importantísima cualidad de misterio, y en este aspecto se trata de una obra excelente ya que el misterio aún no se ha aclarado. Exhorto a la sociedad a que rechace toda pretensión de acusar de este crimen a los papistas pues con ello lo perjudicaría, así como

los profesionales de limpiar cuadros han perjudicado algunos famosos Correggios, y hasta lo arruinaría por completo al trasladarlo a la clase espúrea de meros asesinatos políticos o de partido, que carecen en absoluto del *animus* asesino. La idea está desprovista de todo fundamento y surgió del puro fanatismo protestante. Sir Edmundbury no se había distinguido entre los magistrados de Londres por su severidad con los papistas ni por su favor a los fanáticos que deseaban aplicar las leyes penales contra ciertas personas; no había provocado contra sí la animosidad de ninguna secta religiosa. En cuanto a las huellas de velas de cera halladas en las ropas del cadáver cuando se le encontró en una zanja, y de las que entonces se dedujo que los sacerdotes asignados a la capilla de la reina papista habían participado en el crimen, se trata de simples artificios fraudulentos de aquellos que querían fijar las sospechas en los papistas, o bien toda la prueba —las manchas de cera y las causas de las manchas— fue una exageración o un invento del Obispo Burnet quien, como solía decir la duquesa de Portsmouth, era el gran maestro de cuentos y novelas del siglo diecisiete. Al mismo tiempo cabe observar que en el siglo de Sir Edmundbury el número de asesinatos no fue muy grande, al menos entre nuestros propios artistas, lo que tal vez pueda atribuirse a la falta de protectores ilustrados. *Sint Maecenates, non deerunt, Flacee, Marones*. Al consultar los *Comentarios a las Listas de Defunciones* de Grant (4ta. edición, Oxford 1665) encuentro que, de las 229.250 personas que murieron en Londres durante un lapso de veinte años en el siglo diecisiete, tan sólo ochenta y seis fueron asesinadas, o sea cuatro y tres décimas por año. Exigua cantidad, señores, sobre la cual fundar una academia; ciertamente, cuando la cantidad es tan reducida, tenemos derecho a esperar que la calidad sea de primera clase. Quizá lo fuera, pero soy de opinión que el mejor artista de este siglo no se iguala a los mejores del siglo siguiente. Por ejemplo, por más digno de elogio que sea el caso de Sir Edmundbury Godfrey (y nadie aprecia sus méritos mejor que yo) no admito que se le ponga a la altura del de la Sra. Ruscombe de Bristol, ni por la originalidad del diseño ni por la audacia y amplitud de la ejecución. El asesinato de esta buena señora se realizó a comienzos del reinado de Jorge III

que, como ustedes saben, fuera tan propicio a todas las artes. La dama vivía en el College Green, acompañada por una sola sirvienta. Ninguna de las dos tiene título alguno a la atención de la Historia, como no sea el derivado del gran artista cuya creación paso a describir. Una hermosa mañana, cuando todo Bristol estaba de pie y en movimiento, los vecinos, movidos por ciertas sospechas, forzaron la puerta de la calle y encontraron a la Sra. Ruscombe asesinada en su dormitorio y a la sirvienta asesinada en la escalera; esto ocurrió al mediodía y no faltaba quien hubiese visto con vida tanto a la señora como a la criada menos de dos horas antes. Si mal no recuerdo, el asesinato se cometió en 1764; así pues han pasado más de sesenta años y todavía el gran artista no ha sido descubierto. Las sospechas de la posteridad se han centrado en dos pretendientes, un panadero y un deshollinador. Pero la posteridad se equivoca; ningún artista inexperimentado sería capaz de concebir una idea tan audaz como la de un asesinato al mediodía en el corazón de una gran ciudad. El autor de esta obra no fue, señores, un oscuro panadero ni un anónimo limpiador de chimeneas. Yo sé quién fue. (*Movimiento general en el auditorio, que culmina en una ovación; el orador se sonroja y prosigue gravemente.*) Por amor al cielo, señores, no me interpreten mal: no fui yo. No tengo la vanidad de crearme capaz de tal hazaña, pueden estar seguros de que exageran ustedes mi pobre talento; el caso de la Sra. Ruscombe fue muy superior a mis escasas habilidades. Si llegué a saber quien fue el artista es gracias a un famoso cirujano que asistió a su autopsia. Este caballero poseía un museo privado de su profesión, en una de cuyas esquinas podía verse el vaciado en yeso de un hombre de proporciones notablemente armoniosas.

«Eso» me dijo el cirujano, «es un vaciado en yeso del célebre bandido de Lancashire que durante un tiempo ocultó su oficio a los vecinos enfundando las patas de su caballo en medias de lana, con las que acallaba el ruido al pasar por el callejón empedrado que conducía al establo. Cuando lo ejecutaron por robo en descampado yo estudiaba con Cruickshank, y los rasgos del hombre eran de una finura tan extraordinaria que no escatimamos dinero ni esfuerzos para apoderarnos del cadáver lo antes posible. En connivencia con el ayudante del

sheriff lo bajaron de la horca, antes de que pasara el tiempo prescrito, y lo pusieron en un coche de caballos, de modo que al llegar a manos de Cruickshank aún no había muerto.

El Sr. \_\_\_\_\_, entonces joven estudiante, tuvo el honor de darle el golpe de gracia, cumpliendo así la sentencia de la ley».

Esta curiosa anécdota, que parece implicar que todos los caballeros presentes en la sala de disección eran aficionados como nosotros, me impresionó mucho; en una ocasión se la conté a una señora de Lancashire, quien me dijo que ella misma había sido vecina del bandolero y recordaba muy bien dos circunstancias que permiten atribuirle el mérito del caso Ruscombe. Una era el hecho que en la época del asesinato estuvo ausente durante toda una quincena; la otra, que, muy poco después, el barrio en que vivía el bandido se vio inundado de dólares, y se sabe que la Sra. Ruscombe había acumulado dos mil de estas monedas. En fin, sea quien fuere el artista, el caso sigue siendo hasta hoy un monumento perdurable a su genio; tal fue la sensación de terror y poder que dejó la fuerte concepción manifestada en este asesinato que, según me enteré en 1810, hasta entonces no se habían vuelto a encontrar inquilinos para la casa de la Sra. Ruscombe.

Pero si bien hago el elogio del caso Ruscombiano, no debe suponerse que paso por alto los muchos otros ejemplos de extraordinario mérito repartidos a lo largo de este siglo. Claro está que no me pondré a defender casos como el de la Srta. Bland, el Capitán Donnellan o Sir Theophilus Boughton. ¡Abajo esos traficantes de veneno! ¿Por qué no mantienen la vieja y honrada manera de degollar, sin recurrir a esas innovaciones abominables venidas de Italia? A mi juicio estos casos de envenenamiento, comparados al estilo legítimo, no valen más que una figura de cera frente a una escultura o una copia litográfica junto a un magnífico Volpato. Pero aún dejándolos de lado, subsisten muchas excelentes obras de arte, ejecutadas en estilo muy puro, que nadie se avergonzaría de hacer suyas, como lo reconocen todos los conocedores de buena fe. Noten que digo: *de buena fe*, pues es preciso ser indulgente; no hay artista que se sienta seguro de haber convertido en realidad la propia concepción. A veces se

presentan interrupciones molestas; la gente se niega a dejarse cortar la garganta con serenidad; hay quienes corren, quienes patean, quienes muerden, y mientras el retratista suele quejarse del excesivo aletargamiento de su modelo, en nuestra especialidad el problema del artista es, casi siempre, la demasiada animación. Al mismo tiempo, por más desagradable que sea para el artista, sin duda esta tendencia del asesinato a excitar e irritar al sujeto es para todo el mundo una de sus ventajas y no debemos pasarla por alto, pues favorece el desarrollo de talentos latentes. Jeremy Taylor observa con admiración los saltos increíbles que da la gente bajo la influencia del miedo. De ello tuvimos un ejemplo muy interesante en el reciente caso de los M'Kean, en que un muchacho saltó a una altura que no volverá a saltar hasta el último día de su vida. El pánico que acompaña a nuestros artistas ha permitido también, en ciertas ocasiones, desarrollar talentos brillantísimos para dar puñetazos y aún más, para toda clase de ejercicios gimnásticos —talentos que hasta entonces estaban sepultados o bien escondidos tras un tupido velo y que no conocían ni los poseedores ni sus amigos. Recuerdo una curiosa ilustración de este hecho en un incidente del cual tuve noticia en Alemania.

Cabalgando un día por los alrededores de Munich me encontré con un distinguido aficionado de nuestra sociedad cuyo nombre, por razones evidentes, he de callar. Este caballero me informó que, harto de los placeres helados (a su juicio) de la simple contemplación, había viajado de Inglaterra al Continente con el propósito de practicar un poco en calidad de profesional. Sus intenciones lo hicieron dirigirse a Alemania, por suponer que la policía de esa parte de Europa sería más pesada y soñolienta que las demás. Hizo su *debut* como ejecutante en Mannheim y, sabiendo que yo era un colega aficionado, me contó con toda franqueza su primera aventura. «Frente a mi posada», comenzó diciendo, «tenía su tienda un panadero, hombre un poco avaro que vivía enteramente solo. No sé si por la vasta extensión de su cara de luna llena o por algún otro motivo, lo cierto es que se me "antojaba" y decidí iniciar mis prácticas en su garganta que, dicho sea de paso, llevaba siempre descubierta, de manera muy irritante para mis deseos. El panadero cerraba todos los

días sus ventanas a las ocho en punto de la tarde. Una noche que lo vi ocupado en esto entré de un salto, cerré la puerta con llave y, dirigiéndome a él, le informé con la mayor urbanidad de mis propósitos, aconsejándole que no hiciera ninguna resistencia, lo cual sería desagradable para ambos. Mientras hablaba saqué mis instrumentos y me dispuse a operar. Ante tal espectáculo, el panadero, que al oír mi primer anuncio pareció atacado de catalepsia, se despertó presa de tremenda agitación. "No quiero ser asesinado" chilló. "¿Por qué habría de perder mi preciosa garganta?" "¿Por qué?" —le respondí—; "a falta de otra razón porque le echa usted alumbre al pan. Pero eso no tiene importancia; con o sin alumbre, no tengo la menor intención de dejarme arrastrar a una discusión al respecto: sepa usted que soy un virtuoso en el arte de asesinar, que deseo perfeccionarme en los detalles y que, enamorado de la vasta superficie de su garganta, estoy decidido a convertirme en cliente suyo". "No me diga" contestó: "Pues yo le daré a usted otra clase de cliente" y diciendo esto se puso en guardia como un experto boxeador. La sola idea de que boxeara me parecía ridícula. Cierto es que un panadero de Londres se distinguió en el *ring* y llegó a ganar fama con el nombre de Maestro de los Bollos, pero era un hombre joven y ágil, en tanto que ahora me encontraba ante un monstruoso colchón de plumas de cincuenta años, completamente fuera de forma. No obstante, a pesar de todo esto y de competir conmigo, un maestro del arte, se defendió con tal desesperación que muchas veces temí que se invirtieran los papeles y que yo, el aficionado, acabara asesinado por el pícaro panadero. ¡Qué situación! Todo espíritu sensible comprenderá mi ansiedad. Tan grave era el caso que durante los trece primeros asaltos el panadero tuvo clara ventaja. En el 14° asalto me hinchó de un golpe el ojo derecho; a fin de cuentas creo que esto fue mi salvación pues sentí tanta cólera que en el siguiente asalto, y en cada uno de los que vinieron a continuación, derribé a mi adversario.

»19.º asalto. El panadero parecía cansado y acusaba el castigo. Sus hazañas geométricas de los cuatro últimos asaltos no mejoraban las cosas. Sin embargo detuvo con cierta habilidad un mensaje que enviaba yo a su cadavérica catadura; al entregar el mensaje resbalé y fui a dar al suelo.

»20.º asalto. Al observar al panadero sentí vergüenza de que tal masa informe de harina me hubiera dado tanto trabajo; ataqué con ferocidad y lo castigué duramente. Hubo un cuerpo a cuerpo —cayeron ambos— el panadero debajo —diez a tres en favor del aficionado.

»21.º asalto. El panadero dio un brinco de extraordinaria agilidad. Más aún, peleaba muy bien y con un magnífico juego de piernas, aunque estuviese empapado en sudor, pero ya le había cortado el resuello y su valor era simple efecto del pánico. Era claro que no podía durar mucho. En este asalto apliqué el sistema de agazaparme para atacar, con gran ventaja, y logré asestarle golpes en la nariz. Tenía la nariz llena de forúnculos y pensé que le molestaría que me tomase libertades con ella, como en efecto hice.

»En los tres asaltos siguientes el maestro de los bollos se tambaleó como una vaca sobre hielo. Dándome cuenta de la situación, en el 24.º asalto le susurré al oído algo que le sentó como un tiro. Se trataba tan sólo de mi opinión personal sobre el valor que tendría su garganta en una agencia de seguros. Este pequeño susurro confidencial lo afectó mucho; hasta el sudor se le congeló en la cara y durante los próximos asaltos hice lo que me vino en gana. Al llamarlo para comenzar el asalto 27° estaba tendido en el suelo como un tronco.»

«Después de lo cual» dije al aficionado, «supongo que cumplió usted su propósito». —«Tiene usted razón» me respondió tranquilamente; «así fue; y me dio gran satisfacción el saber que con ello mataba dos pájaros de un tiro», con lo cual quería decir que había derrotado al panadero antes de asesinarlo. A pesar de mis esfuerzos no logré ver las cosas de esa manera; por el contrario, me pareció que le habían hecho falta dos piedras para matar un solo pájaro, pues primero tuvo que bajarle los humos con los puños y luego usar sus instrumentos. Pero su lógica no nos importa. La historia tiene interés porque demuestra cómo la simple posibilidad razonable de ser asesinado fomenta de manera asombrosa los talentos latentes. Un panadero de Mannheim, torpe, barrigón y medio cataléptico, luchó de igual a igual durante veintisiete asaltos con un excelente boxeador inglés, animado por esta única inspiración: hasta tal punto exalta y sublima el genio

natural la presencia estimulante del asesino.

En verdad, caballeros, al oír estas historias se vuelve tal vez un deber el suavizar un poco el extremo rigor con que la mayoría de las gentes se refieren al asesinato. Cuando se les oye hablar se creería que ser asesinado tiene todas las desventajas e inconvenientes y que no las tiene el no ser asesinado. Los hombres más prudentes no lo creen así. «Sin duda» dice Jeremy Taylor, «caer víctima del filo de la espada es un mal temporal menor que morir de la violencia de una fiebre: y el hacha» (a la que habría podido añadir el mazo de carpintería y la barra de hierro) «aflige mucho menos que la estangurria». Muy cierto; el obispo, que seguramente era un aficionado, habla como un sabio; otro gran filósofo, Marco Aurelio, también se pone por encima de los prejuicios vulgares cuando dice que «una de las funciones más nobles de la razón consiste en saber si es o no tiempo de irse de este mundo» (Libro III). Como se trata del más raro de los conocimientos, es evidente que no hay persona más filantrópica que quien se esfuerza por instruir gratuitamente a los demás en esta rama de la ciencia, con riesgo considerable para sí mismo. Todo esto lo digo a manera de especulación y pensando en futuros moralistas; por lo demás, reafirmo mi convicción personal de que muy pocos cometen asesinatos llevados por principios filantrópicos o patrióticos, y repito lo que ya he dicho al menos una vez: la mayoría de los asesinos son personajes muy incorrectos.

En lo que toca a los asesinatos de Williams, los más sublimes y de más entera excelencia que se hayan cometido nunca, no me permitiré tratarlos de manera superficial. Tan sólo una conferencia, o mejor aún una serie de conferencias, bastaría para exponer sus méritos. Mencionaré sin embargo un hecho curioso en relación con ellos pues, a mi juicio, parece indicar que el resplandor del genio de Williams deslumbró por completo a la justicia penal. Todos ustedes recuerdan seguramente que los instrumentos con que ejecutó su primera gran obra (el asesinato de los Marr) fueron un mazo de carpintería de ribera y un cuchillo. Ahora bien, el mazo pertenecía a un viejo sueco, de nombre John Peterson, y llevaba sus iniciales. Williams lo olvidó en casa de los Marr, con lo cual la herramienta cayó en manos de las autoridades.

La publicación de este detalle de las iniciales tuvo por consecuencia inmediata la captura de Williams, y en caso de hacerse antes hubiera impedido su segunda gran obra (el asesinato de los Williamson) ejecutada doce días más tarde. Sin embargo los magistrados no lo comunicaron al público durante esos doce días, hasta que se creó la segunda obra. El anuncio se hizo sólo después del segundo asesinato, al parecer porque las autoridades estimaban que Williams ya había hecho lo suficiente por su fama y que su gloria se hallaba fuera del alcance de todo accidente.

En cuanto al caso del señor Thurtell, no sé qué decir.

Como es natural, me inclino a tener la mejor opinión de mi predecesor en la cátedra de esta sociedad y pienso que sus conferencias fueron intachables. No obstante, hablando con franqueza, creo honestamente que se ha exagerado mucho el valor de su principal composición artística. Ciertamente es que, en un primer momento, yo mismo me sentí arrastrado por el entusiasmo general. La mañana en que la noticia del asesinato llegó a Londres se celebró una reunión de aficionados como no se había visto desde la época de Williams; ancianos conocedores que ya no se levantaban de la cama y no hacían sino quejarse, con aire de desprecio, de que «nunca pasaba nada», vinieron renqueando hasta el salón de nuestro club: pocas veces he sido testigo de tal hilaridad, de una expresión tan amable de satisfacción general. En todas partes se veía a gentes estrechándose las manos, felicitándose mutuamente y formando grupos para cenar esa noche, y no se oían sino interpelaciones triunfales: «¡Bueno! ¿Qué me dice usted?» «¿Le parece que esto vale la pena?» «¡Al fin estará usted satisfecho!» Pero recuerdo que, en medio del tumulto, todos callamos de pronto al oír al viejo y cínico aficionado L. S., quien avanzaba golpeando el suelo con su pata de palo. Al entrar a la sala tenía la expresión feroz de costumbre y mientras llegaba a nosotros siguió gruñendo y mascullando: «Mero plagio, plagio descarado de mis sugerencias. De estilo áspero como Durero, vulgar como Fuseli». Muchos atribuyeron entonces su reacción a la envidia y al malhumor; confieso sin embargo que, pasado el primer momento de entusiasmo, he comprobado que los críticos más avisados convienen en que había algo de *falsetto* en el estilo de Thurtell. Como era

miembro de nuestra sociedad no podíamos evitar cierta parcialidad en el juicio, y el aprecio que sentía por él la «afición» le dio entre el público londinense una momentánea popularidad que no fue capaz de justificar a pesar de sus pretensiones, ya que *opinionum commenta delet dies, naturae iudicia, confirmat*. No obstante, existe un diseño inconcluso de Thurtell para asesinar a un hombre con un par de pesas de gimnasia que admiro sobremanera; se trata de un simple esbozo que nunca llevó a la práctica aunque, a mi parecer, aventaja con mucho a su obra más conocida. Algunos aficionados lamentaron grandemente que dicho proyecto quedara sin aplicación; en esto no puedo estar de acuerdo con ellos, pues a menudo los fragmentos y primeros esbozos trazados a grandes rasgos por artistas originales tienen un brillo que desaparece cuando es preciso ocuparse de los detalles.

Pienso que la obra de los M'Kean es muy superior a la aplaudida composición de Thurtell, y aún que está por encima de todo elogio; creo que guarda con las obras inmortales de Williams la misma relación que la *Eneida* tiene con la *Iliada*.

Pero ya es tiempo que diga unas cuantas palabras sobre los principios del asesinato, no con objeto de reglamentar la práctica sino de esclarecer el juicio. Las viejas y la muchedumbre de lectores de periódicos se conforman con cualquier cosa siempre que sea lo bastante sangrienta: el hombre de sensibilidad exige algo más. Hablemos *primero* del tipo de persona que mejor se adapta al propósito del asesino; *segundo*, del lugar apropiado; *tercero*, del momento justo y otros pequeños detalles.

En cuanto a la persona, supongo que debe ser un buen hombre, pues de otro modo él mismo podría estar pensando en la posibilidad de cometer un asesinato; esos combates en que «diamante corta diamante» pueden resultar agradables mientras no se disponga de nada mejor, pero, a decir verdad, no son lo que un crítico se permite llamar asesinatos. Podría mencionar a ciertas personas (no voy a citar nombres) asesinadas en callejones oscuros; a esto no hay nada que objetar, pero mirando las cosas más de cerca el público se da cuenta que, al ocurrir los hechos, la víctima se proponía robar a su asesino —por lo menos— y aún matarlo si le alcanzaban

las fuerzas. Cualquiera sea el caso —o cualquiera pueda suponerse que fue el caso— hay que despedirse de todo verdadero efecto artístico. La finalidad última del asesinato considerado como una de las bellas artes es, precisamente, la misma que Aristóteles asigna a la tragedia, o sea «purificar el corazón mediante la compasión y el terror». Ahora bien, podrá haber terror, mas ¿qué compasión sentiremos por un tigre exterminado por otro tigre?

También es claro que la elección no debe recaer en un personaje público. Por ejemplo, ningún artista sensato habría intentado asesinar a Abraham Newland<sup>1</sup>. Todo el mundo había leído tanto sobre Abraham Newland y tan pocos lo vieron nunca que la impresión más frecuente era que se trataba de una idea abstracta. Recuerdo que una vez me ocurrió decir que había cenado en un café con Abraham Newland y todos me miraron con expresión burlona, como si pretendiese jugar al billar con el Preste Juan o tener un asunto de honor con el Papa. Añadiré que también el Papa sería sujeto muy impropio para un asesinato, pues tiene tal ubicuidad virtual como Padre de la Cristiandad, y se le oye tanto sin que jamás se le vea (como al cuclillo) que, sospecho, también ha acabado por convertirse en una idea abstracta a ojos del común de las gentes. En cambio cuando un personaje público tiene por costumbre ofrecer cenas «con las más variadas frutas de la estación», el caso es muy distinto: todos están seguros de que no es una idea abstracta y, por lo tanto, no hay nada impropio en asesinarlo, aunque el asesinato de grandes personajes forma una clase especial que no he tratado.

*Tercero*. El sujeto elegido debe gozar de buena salud; es absolutamente bárbaro asesinar a una persona enferma, que por lo general no está en condiciones de soportarlo. Conforme a este principio, no ha de elegirse a ningún sastre mayor de veinticinco años, ya que pasada esta edad será sin duda dispéptico. O al menos, si hay quien se empeña en cazar en

---

<sup>1</sup> Abraham Newland está ahora completamente olvidado. Pero al escribirse esta página [en 1827] no había otro nombre que tuviese una resonancia más familiar e importante a oídos británicos. Era el nombre que aparecía en el anverso de los billetes del Banco de Inglaterra, grandes o pequeños, y durante más de un cuarto de siglo (y en especial mientras duró la Revolución Francesa) fue la expresión usual para designar el papel moneda en su forma más segura.



ese coto, estará obligado, según la antigua ecuación, a asesinar a gente que cuente sus años por múltiplos de nueve, digamos 18, 27 ó 36. En esta fina atención nuestra por el bienestar de los enfermos observarán ustedes el efecto, común a las bellas artes, de suavizar y refinar los sentimientos. Por lo general, señores, el mundo es muy sanguinario y todo lo que se exige del asesinato es una copiosa efusión de sangre; el despliegue ostentoso a este respecto basta para satisfacer a la mayoría. El conocedor advertido tiene gustos más refinados y nuestro arte, como todas las demás artes liberales bien asimiladas, humaniza el corazón; tan cierto es que

«Ingenuas didicisse fideliter artes Emollit  
mores, nec sinit esse ferus.»

Un amigo de aficiones filosóficas, muy conocido por su bondad y filantropía, sugiere que el sujeto elegido debe tener también hijos pequeños que dependan enteramente de su trabajo, para ahondar así el patetismo. Sin duda tal precaución sería juiciosa, pero no es una condición en la que yo insistiría demasiado. No niego que el gusto más estricto la requiera, mas, a pesar de ello, si el hombre es inobjetable en cuanto a moral y buena salud, no impondría con tan exquisito rigor una limitación que puede tener por consecuencia reducir el campo de acción del artista.

Esto en lo que se refiere a la persona. En cuanto al momento, el lugar y los instrumentos, tendría mucho que añadir pero no dispongo de tiempo suficiente. El sentido común del ejecutante suele orientarlo hacia la noche y la discreción. Sin embargo no faltan ejemplos en que se ha violado esta norma con resultados muy felices. El caso de la Sra. Ruscombe, por lo que toca al momento elegido, constituye una hermosa excepción que ya he mencionado y, tanto en cuanto al momento como en cuanto al lugar, encontramos también una excepción magnífica en los anales de Edimburgo (año 1805) que los niños de esa ciudad se saben de memoria pero que, por razones inexplicables, no ha logrado entre los aficionados ingleses la fama que en justicia le correspondía. Hablo del caso del portero de uno de los bancos, asesinado en pleno día mientras llevaba una bolsa de dinero y al doblar la esquina de High Street, una de las calles

40

más frecuentadas de Europa; el asesino no ha sido hallado hasta hoy.

«Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus  
Singula dum capti circumvectamur amore.»

Ahora señores, para terminar, permítanme renunciar otra vez solemnemente a toda pretensión por mi parte a considerarme un profesional. En mi vida he intentado asesinar a nadie, salvo en 1801, a un gato —y ese episodio acabó de manera muy distinta a mis intenciones. Mi propósito, lo admito lisa y llanamente, era el asesinato. «Semper ego auditor tantum?» me dije, «nunquam reponam?» Y a la una de la mañana, una noche oscurísima, bajé en busca del gato Tom, con el «animus» y sin duda con el aspecto feroz de un asesino. Lo encontré dedicado a saquear el pan y otros alimentos de la despensa. Con esto cambió por completo el asunto; como eran tiempos de gran escasez, en que hasta los cristianos, a falta de nada mejor, tenían que comer pan de patatas, pan de arroz y toda clase de cosas, un gato que malgastara un buen pan de trigo se hacía culpable de la más negra traición. En un abrir y cerrar de ojos su ejecución se convirtió en un deber patriótico y, mientras levantaba y blandía en el aire el fúlgido acero, sentí que, como Bruto, me erguía deslumbrante en medio de la hueste de patricios, y al herir

«Pronuncié en voz alta el nombre de Tulio Y  
grité "¡Salud!" al padre de la patria.»

Desde entonces toda vaga idea que pueda haber tenido de atentar contra la vida de un anciano carnero, una vetusta gallina y otro «ganado menor» ha quedado encerrada bajo llave en los secretos de mi propio corazón, y me confieso enteramente incapaz de abordar las esferas superiores del arte. Mi ambición no llega tan alto. No señores: para decirlo con las palabras de Horacio:

«Fungar vice cotis, acutum Reddere quae ferrum  
valet, exsors ipsa secandi.»

41